



LA MEMORIA HISTÓRICA Y LA IMAGEN CIUDADANA DE ZARAGOZA

Cuando al analizar la ciudad hablamos de memoria histórica, la consideramos estrechamente unida al tema de la imagen ciudadana. De tal forma que memoria e imagen llegan a veces a confundirse; sin embargo, no son lo mismo. La memoria ciudadana está, por así decirlo, por encima de nosotros, quizá sea así más identificable con la historia, la historia de la ciudad. La imagen de la ciudad, sin embargo, resulta algo casi pactado, consensuado. No obstante, la identificación que se produce, a veces, entre imagen y memoria ciudadana viene debida probablemente a que la primera deriva de la segunda, esto es, a que los elementos que componen la imagen tradicional de la ciudad son aquellos que tienen una cierta relevancia histórica o artística.

Sin embargo, aunque ambas vayan estrechamente ligadas, nunca pueden identificarse. La memoria colectiva tiene algo en común con la personal: también es selectiva, esto es, tan sólo aquellos actos “memorables” son recordados. La imagen de una ciudad permite que ésta sea reconocida por propios y extraños, es lo más parecido quizá a un logotipo empresarial. Todos inmediatamente reconocemos Madrid cuando vemos a una diosa romana sobre una carroza tirada por leones –relación, no obstante, bastante azarosa entre los dos términos de la implicación–, Sevilla con la Giralda o Santiago con el Apóstol. Otras ciudades, por el contrario, han

LAS PRIMERAS IMÁGENES CON LAS QUE UNA CIUDAD SE IDENTIFICA SON SUS MONUMENTOS

configurado su imagen más característica en época reciente, así ocurre por ejemplo con Bilbao y el Museo Guggenheim. Así entendido, el rincón más remoto de una ciudad puede convertirse en su imagen, siempre que esté bien publicitado. De esta forma imagen y memoria pueden no tener puntos en común, sin embargo, en la mayoría de los casos ambas transcurren paralelas.

Tradicionalmente, la imagen de una ciudad ha venido configurándose a lo largo de su historia. Las primeras imágenes con las que una ciudad comienza a identificarse son sus monumentos, de esta forma, en el origen, imagen y memoria llegan incluso a identificarse. Los libros de viajes, guías, callejeros o planos, nos aportan una magnífica documentación en lo que respecta a este tema. Nos dicen cómo eran las ciudades, cómo eran sus monumentos –algunos perdidos hoy en día– pero sobre todo, nos dicen cómo las veían

sus contemporáneos.

En 1769 Carlos Casanova realizó uno de los primeros planos de Zaragoza. En la parte inferior del mismo se describe la ciudad haciendo hincapié en sus “grandezas”: “fundada en el año 144 después del diluvio” y reedificada por César Augusto; con 4 ríos, el Ebro, el Jalón, el Gállego y la Huerva; con un clima templado y benigno, 6 imágenes aparecidas, 6 catedrales, 21 parroquias y 3 iglesias, el tribunal de la fe, una “antiquísima” universidad, 35 conventos, 9 colegios, 6 hospitales, 5 seminarios y 4 casas de piedad para mujeres.

Casi cien años más tarde, en torno a 1850, Pascual Madoz en su Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar, continúa haciendo hincapié en aspectos como la situación de la ciudad, el clima –que tacha de desigual y destemplado–, las iglesias, los conventos, la universidad, los palacios, las torres... y también describe las puertas de la ciudad y sus fortificaciones –en donde incluye la Aljafaría–. En la actualidad, un buen número de las construcciones que refiere Madoz han desaparecido.

En la ciudad tradicional el monumento se insertaba en una trama compuesta por edificios “intrascendentes” e inicialmente no había demasiada diferencia entre ellos. La iglesia servía para orar en ella, la casa para habitarla, ambas eran útiles y en tanto en cuanto lo eran, se conservaban; si una de las dos no se adaptaba a las

necesidad de los individuos que hacían uso de ella se transformaba, derribándola o no. Con la Ilustración aparece el concepto moderno de “monumento histórico-artístico”, y con él la necesidad de conservar un edificio por su valor monumental y no práctico, valor éste, no obstante, que quedaba restringido a los edificios de época antigua o medieval; cualquier otro más reciente no merecía inicialmente tal categoría. Junto a esta exclusión cronológica, el juicio de valor que conllevaba el concepto de monumento implicaba también la eliminación de todos aquellos edificios correspondientes a las “clases sociales subalternas o a testimonios de la historia ‘pobres’ o deslucidos”.

Con la Revolución Industrial llega una nueva forma de vida. A las necesidades tradicionales de la casa se unen ahora otras como la higiene, y así se tienen en cuenta aspectos como el asoleamiento, la ventilación, la compartimentación espacial derivada de la especificidad requerida ahora para las distintas estancias de la vivienda, etc. En cuanto a la ciudad, se piensa en el tráfico y en la estética, con la conveniencia de sustituir los antiguos trazados estrechos y quebrados por otros rectos y amplios, establecer una diferenciación en superficie entre los espacios destinados a los peatones y al tráfico —primero de tracción animal y después mecánico— y construir nuevos edificios para la clase urbana por excelencia: la burguesía.

La ciudad derriba sus murallas y se extiende hacia el exterior de forma imparable; mientras, en el interior se opta por la sustitución. No resulta moderno adaptar, eso ya lo hacía la ciudad tradicional; tampoco reutilizar, eso también lo hacía la ciudad tradicional. En la contemporaneidad todo tiene que oler a nuevo, hasta lo viejo tiene que parecer algo más nuevo.

LA MODERNIZACIÓN DEL CASCO HISTÓRICO

El casco histórico de Zaragoza es uno de los más amplios de España y quedó ya perfectamente constituido por la muralla de rejola de época islámica. Tal es así que a comienzos del siglo XIX el perímetro de la ciudad continuaba delimitado por la muralla medieval, ya que la misma fue traza-



VISTA AÉREA DEL CENTRO, HACIA 1932.



ANTIGUA UNIVERSIDAD, JUNTO A LA PLAZA DE LA MADALENA (HACIA 1914).

da con tal holgura que el crecimiento de la ciudad en siglos anteriores había tenido cabida en su interior. Durante los Sitios de Zaragoza de 1808 y 1809, monasterios, conventos, iglesias o la propia universidad fueron empleados como plazas fuertes y almacenes de armamento, esto provocó un ataque masivo contra los mismos y su destrucción, bien en la misma contienda o ya cuando, batiéndose en retirada, las tropas francesas volaron gran parte de los mismos. Así, durante la primera mitad del siglo XIX, casi lo único que se hizo en la ciudad fue intentar reconstruir lo destruido. No obstante, será también entonces cuando se gesten proyectos que muestren

el camino que inexorablemente emprenderá la ciudad: “modernizar” sus trazados. La modernidad siempre entendida como rectitud, amplitud y orden. El orden de la línea recta frente al desorden de la quebrada, la ley de la línea recta como camino más corto entre dos puntos, y siempre y lamentablemente también como camino hacia la destrucción indiscriminada.

Sobre las ruinas de los conventos de San Francisco, de Jerusalén, de Santa Catalina, del monasterio de Santa Engracia y del Hospital General de Nuestra Señora de Gracia, se trazó una de las calles más

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE >>



MANZANA SITUADA ENTRE LAS CALLES DE CERDÁN Y ESCUELAS PÍAS, EN LOS AÑOS 60 (DERRIBADA AL ABRIRSE LA AVENIDA DE CÉSAR AUGUSTO).

<< VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

emblemáticas de la ciudad actual: el paseo de la Independencia. Su creación marcó la ya imparable expansión de Zaragoza hacia el Sur y la aparición de una tendencia constante en época contemporánea: la destrucción de las antiguas tramas medievales y su sustitución por calles o avenidas amplias y de trazado recto.

Criterios de modernidad incapaces de resistir en la actualidad una revisión racional llevaron también, en 1858, a la formación de una nueva calle entre el Coso y la plaza del Pilar, esto es, entre la calle a la que se asomaban algunos de los palacios más importantes de la ciudad y la plaza con más carga simbólica de la misma. La calle Alfonso “se vendió” a los ciudadanos como vía procesional, esto es, como una calle necesaria para poder dar un marco digno a las procesiones que transcurrían hacia el Pilar y que, debido a la configuración morfológica de la zona, debía atravesar estrechos callejones que desmerecían la solemnidad del acto —esto es al menos lo que la prensa de la época contaba—. Hoy, la calle Alfonso ha sido incorporada al imaginario popular como una de las más tradicionales de Zaragoza, al

LA CALLE ALFONSO “SE VENDIÓ” A LOS CIUDADANOS COMO UNA VÍA PROCESIONAL

parecer, sin que para ello importe su relativa “modernidad”.

El cambio de siglo impulsó definitivamente el crecimiento de Zaragoza fuera del perímetro medieval. La implantación a mediados del XIX del ferrocarril había condicionado la aparición de incipientes barrios de carácter mixto —industrial y residencial— en las proximidades de las antiguas estaciones de Madrid, de Cariñena o de Barcelona. En el interior de la ciudad las obras tienen carácter puntual, sin embargo, arrojan un balance de destrucción nunca justificado por la “necesidad” de la reforma ejecutada. Una de las más lamentadas fue la demolición de la Torre Nueva en 1892, firmada por el Gobierno presidi-



ARCO DE SAN ROQUE, EN LA ACTUAL CALLE TENIENTE CORONEL VALENZUELA, A FINALES DE LOS AÑOS 30.

do por Antonio Cánovas y sin la oposición del Ayuntamiento o de las Academias; sólo la opinión contraria de miles de zaragozanos que suscribieron pliegos de protesta, protagonizaron mítines y escribieron en prensa su deseo de “indulto” para la torre.

También cayeron bajo la piqueta casas como la de Gabriel Zaporta, llamada de la Infanta, situada en la calle de San Jorge angular a San Andrés, en una calle estrecha a la que se asomaba el palacio mostrando la nobleza de su factura. El edificio fue demolido y su patio renacentista, bellissimo, fue desmontado y vendido en 1904 al anticuario parisino Mr. Schutz, quien volvió a montar dicho patio en su casa del *Quai Voltaire*, lo cual permitió que, en 1957, el patio pudiera ser repatriado e instalado posteriormente en el modernísimo edificio construido por Ibercaja en la plaza Paraíso, constituida entonces como nuevo centro director de la ciudad. El patio montado en su interior se había salvado, pero no así su memoria.

La Guerra Civil en Zaragoza provocó escasas destrucciones significativas. Sin embargo, será tras 1939 cuando se transforme definitivamente la imagen de la ciudad antigua, borrando la memoria del

pasado. El estado franquista pretendía la reconquista de un pasado imperial y la formación de una nueva imagen ciudadana a partir de la reescritura de nuevos espacios representativos que se constituyeran en esencia de la ciudad. En Zaragoza, tal objetivo se intentaría a partir de la redacción y posterior puesta en marcha del Plan de Reforma Interior de 1939.

LA GRAN DEMOLICIÓN

Este Plan de 1939 contemplaba la reforma del casco histórico de Zaragoza en su totalidad e incorporaba junto a proyectos muy ambiciosos otros de pequeña entidad. Todos ellos conllevaron una pérdida patrimonial para la ciudad, no igualada antes por siglos de historia, guerras o revoluciones. Es prácticamente imposible reseñar aquí todas las demoliciones llevadas a cabo para ejecutar el plan, basten sin embargo algunos ejemplos. Para la apertura de la calle de San Vicente de Paúl, hubo que expropiar y derribar una superficie de unos 8.000 m², una franja de terreno construido entre el Coso y el paseo de Echegaray y Caballero compuesta esencialmente por edificios de los siglos XVI a XVII, edificios como la casa-palacio de Sora, cuya portada se encuentra en la actualidad en la fachada de la denominada Tienda Económica. Para la reforma de las plazas del Pilar y de la Seo se expropiaron y demolieron unos 58.000 m², con un total de 224 inmuebles cuya construcción se fechaba entre los siglos XVI y XVIII. Entre ellos, y además por supuesto de viviendas, tiendas o posadas, se hallaban: el convento de las Angélicas, la casa de los infantes del Pilar, el convento y colegio de las religiosas Mercedarias, las oficinas de la delegación de Hacienda situadas en un palacio del siglo XVI, la iglesia de los Agustinos –gótica– o la capilla del Carmen. En este mismo plan se contemplaban también proyectos como la prolongación del paseo de la Independencia hasta la plaza del Pilar, la apertura de la avenida de César Augusto o la formación de la calle Teniente Coronel Valenzuela.

Los criterios de conservación y rehabilitación de las tramas históricas y los edificios que las componen han ido evolucionando en el tiempo. En la actualidad, qui-



PATIO DE LA INFANTA, HACIA 1903 (PORTADA Y PATIO).



PUERTA DEL ANTIGUO PALACIO DE SORA.

zá resultara imposible llevar a cabo actuaciones de renovación urbana como las expuestas anteriormente, sin embargo, la salvaguarda del patrimonio no está garantizada. Se continúa derribando y construyendo en su lugar, y no es que lo nuevo sea peor que lo viejo, es que no hay por qué elegir, es que no hay por qué renunciar al patrimonio histórico construido en pro de

una arquitectura moderna, ni viceversa tampoco. La buena arquitectura nunca ha sido irreconciliable con el casco histórico, y éste siempre la ha integrado sabiamente en su seno. El casco antiguo se ha ido renovando a lo largo de los siglos, “reciclando” cuando era posible y construyendo de nueva planta cuando no lo era. Vivimos ahora en una sociedad en la que existe cierta obsesión por lo nuevo. Incluso entre los seres humanos se ha impuesto la juventud como principal valor en alza, la vejez es fea. También las casas son feas si son viejas. Hasta un mueble o un bolso llegan a alcanzar el mérito de lo antiguo, el vintage llega a dignificar un pasado cotidiano. Los edificios, sin embargo, siempre son viejos cuando molestan, nunca antiguos. Si no tienen protección legal se derriban; si la tienen, se descatalogan y derriban también; si no se pueden descatalogar, sencillamente se deja que se caigan.

De las 23 torres reflejadas en el plano de Casanova de 1769 (foto en pág 42), con el que abríamos este texto, hoy sólo quedan seis: el Pilar, la Seo, San Pablo, San Gil, San Miguel y la Magdalena. Escaso bagaje, en cualquier caso, para una ciudad que entre sus “títulos” ostentaba aquel por el que fue conocida durante mucho tiempo: Zaragoza era “la ciudad de las torres”.